

EL MAPA, MATERIALIZACIÓN DE NUESTRO ESTAR EN EL MUNDO.

EL CASO DE ASIA ORIENTAL

Pilar Cabañas Moreno
Universidad Complutense de Madrid

La necesidad del mapa surge realmente cuando hemos alcanzado un lugar y deseamos tener la posibilidad de regresar. El mapa entonces nos da las claves de nuestra ubicación y determina nuestros movimientos, nuestro desplazamiento en el espacio para alcanzar una meta. Por tanto éste nos proporciona, en la representación abstracta de su forma, una especie de control. Nos ayuda a localizarnos en un territorio, y a no sentirnos perdidos en un lugar del que solo alcanzamos a ver su perfil en el horizonte. La curiosidad hizo que los distintos pueblos quisieran ubicarse en el espacio que ocupaban y controlar los lugares colindantes, curiosidad que cada vez resultó más ávida y atrevida, haciendo que las líneas que marcaban el fin de los territorios conocidos se fueran desplazando siempre hacia un más allá.

Con este pensamiento, y mirando hacia el contexto de Asia Meridional, Sudeste Asiático y Asia Oriental cabe destacar las contribuciones geográficas y cartográficas chinas, por la relevancia e influencia que tuvieron en otras partes de Oriente.

La literatura china provee de evidencias del ejercicio de la cartografía con anterioridad al más antiguo de los mapas conservados de esta civilización. El levantamiento cartográfico más antiguo de China data aproximadamente del siglo VI a.C., y se observa en su ejercicio destacados paralelismos entre la literatura geográfica china y la de los griegos y la de la parte occidental del imperio romano, que ponen de relieve más que casuales contactos entre ambas culturas. Y los mapas, las cartas náuticas y los planos acompañaron en la gran mayoría de las ocasiones estos primeros trabajos geográficos.

Aunque los escritos geográficos chinos del tiempo de Herodoto (484-425 a.C.) y Estrabón (64 o 63 a. C. – 19 y 24 d. C.) tienen menor calidad y constituyen una aproximación menos sistemática, esto cambió tres siglos después cuando los métodos chinos de documentación geográfica se hicieron más complejos que los empleados en Europa en el siglo XIII.

Los chinos también hicieron mapas de extensos territorios situados más allá de sus propias fronteras, pero, debido a que estas regiones tuvieron para ellos menos importancia, dado su postura sinocéntrica, los países del entorno tendieron a ser minimizados en función de su distancia con el área central del imperio.

Las copias manuscritas de mapas del “mundo” de este período indican que el conocimiento que Oriente tenía de Occidente era mayor que el que se disponía en el sentido contrario, siendo este hecho atribuido a las relaciones que los chinos mantenían con el mundo árabe, asentados en sus costas ya a mediados del siglo VIII, con los persas y los turcos.

La geografía y cartografía chinas dieron un gran paso adelante con el invento del compás en el siglo XI, bajo la dinastía Song, con las contribuciones de Chu Ssu-Pen (1273-1337) y sus sucesores. Chu Ssu Pen levantó un mapa de China sobre una retícula rectangular, y la fiabilidad de la información sobre la que basó dicho mapa fue una cuestión de máxima importancia. Puede afirmarse que la cartografía en China alcanzó su punto culminante en el siglo XV, con la dinastía Ming, y su política de exploraciones, a cargo del Zheng He (1405-1433), militar y marino. Entre 1405 y 1433 exploró el Sudeste Asiático, Indonesia, Ceilán, India, el Golfo Pérsico, la Península Arábiga y el este de África hasta el canal de Mozambique. Considerando la dotación de los marinos occidentales en sus exploraciones, impresionan las escuadras chinas que tuvo bajo su mando, con alrededor de 30.000 hombres y un número variable de naves, entre cincuenta y trescientas. Sin embargo, a pesar de la demostración de poder y capacidad organizativa, no se produjo ninguna anexión de los territorios visitados. Si bien se pretendía aumentar el número de países tributarios del gran imperio, predominó el intercambio diplomático, comercial y cultural.

Pocos años antes de que las exploraciones de Zheng He ayudaran a precisar los contornos y tamaño del mundo por ellos conocido, contamos con un mapa coreano llamado *Kangnido*, de 1402, que muestra los conocimientos geográficos chinos de la época. A la derecha de todo está Corea. China, el gran imperio es lo que ocupa gran parte del mapa. India está al sur de China. A la izquierda aparecen África y la Península Arábiga. Sobre África se encuentra Europa, evidentemente con unos tamaños relativos y unas posiciones nada exactas. Hay más de 100 nombres solo para los países europeos, y el conocimiento del contorno de África indica antiguas exploraciones del área claramente anteriores a las exploraciones europeas de Vasco da Gama. La punta del continente está claramente representada, mientras que el conocimiento del norte es más difuso, aunque hay detalles puntuales como es una pagoda representando el Faro de Alejandría. Si bien la mayoría de los topónimos del Sudoeste Asiático, África, y Europa vienen de originales árabes persanizados, que indican que aquellos conocimientos fueron transmitidos desde Oriente Medio, para dar nombre a Alemania utilizaron la palabra latina, lo cual pone de manifiesto que había un interés por manejar todas aquellas fuentes disponibles para componer un mapa con la suma de realidades conocidas por

unos y por otros. Resulta aún más clara esta composición de conocimientos, cuando las notas explicativas escritas sobre este mapa, nos hacen saber que fue hecho combinando dos mapas chinos anteriores, un mapa, de Li Tse-min creado alrededor 1330, y otro de Ch'ing Chün producido alrededor 1370, hoy desaparecidos. Estos dos mapas vinieron a Corea mediante el embajador coreano Gim Sa-hyeong (1341-1407), y fueron combinados por Li Hoi y Li Mu.

Si cambiamos ahora nuestra ubicación, y nos desplazamos hacia Occidente, nos encontramos que el *Mapamundi de Beato de Liébana* (s. VIII) es una de las principales obras cartográficas de la Alta Edad Media. Fue elaborado por un monje que se dedicó a seguir las descripciones de San Isidoro de Sevilla (560-636), Ptolomeo (100-170 aprox.) y las Sagradas Escrituras. De dicho mapa se conserva una copia en el prólogo del segundo libro de los *Comentarios al Apocalipsis de Beato de Liébana*.

En este caso la justificación de la presencia del mapa en la obra reside, no en la representación cartográfica del mundo conocido, sino en ilustrar la diáspora primigenia de los apóstoles. El beato utiliza una forma generalizada de mapa llamada de T-O. El orbe se representa como un disco circular rodeado por las aguas del océano, mientras que el interior se organiza con una estructura en forma de T. Divide así la Tierra en tres continentes. Asia ocupaba en este caso la mitad superior del mapa, y se halla separado de África por el Nilo y de Europa por el Don, formando ambos ríos la parte superior de la T, mientras que el mar mediterráneo, que separa Europa y África constituye el segmento vertical. Esta forma cartográfica materializa conceptos geográficos de la época clásica como la existencia de tres continentes circundados por océanos. Estos tres continentes solían identificarse en aquellos momentos con los tres hijos de Noé: Sem. Cam y Jafet.

Esta forma de representación, con Asia en la parte superior, satisfacía a los creyentes cristianos, al quedar ubicada la ciudad santa de Jerusalén (*umbiculum mundi*) en el centro. En esta Edad Media se creía que el Jardín del Edén se situaba en el extremo oriental del mundo, es por ello que en Asia, en su centro, se halla el Árbol de la Vida, y junto a él una fuente de la que manan los cuatro ríos del Paraíso: Tigris, Éufrates, Pisón y Guijón.

Al sur del continente asiático se sitúa India, un inmenso territorio atravesado por tres ríos: Indo, Ganges e Hipane, con un tamaño relativamente superior al que se le otorgaba en la cartografía de la vecina China. Abundan en la representación hombres de color oscuro, elefantes, rinocerontes, especias y piedras preciosas como rubíes, esmeraldas y diamantes. Frente a sus costas se sitúa la isla de Taprobane, identificada con Sri Lanka, y las de Chrysa,

Argyre y Tyle, de las que señala que sus árboles son frondosos y de hoja perenne. Estas islas podrían ser algunas de las del archipiélago indonesio.

Como hemos apuntado, una de las fuentes cartográficas esenciales para la representación del mundo conocido, todavía muy desconocido, fue la descripción del mundo hecha por el afamado matemático, astrónomo y geógrafo egipcio Ptolomeo en su libro *La Geografía* (ca. 150). En ella, mientras que la descripción de la cuenca del Mediterráneo revela una gran exactitud, notable para la época, sirviéndose como fuentes, de los mapas militares del Imperio Romano, la imagen que Ptolomeo forjaba de tierras lejanas es, sin duda, fantástica. El geógrafo reconoce y resalta como lugares principales en su percibir del mundo Europa, Oriente Medio, India y una Sri Lanka o Ceilán (Trapobane) demasiado grande, la península del Sudeste Asiático (Aurea Chersonesus o Península Dorada) y China (Sinae). Este protagonismo responde sin duda al intenso comercio desarrollado por las aguas del océano Índico desde el siglo II. Puertos comerciales romanos como el de Kaveripattinam, o ciudades como Madurai, en el estado indio de Tamil Nadu, a través de los cuales la escultura romana, mayormente a través de sus monedas, dejó su impronta en la iconografía y en las labores de talla en el sur de India, como en Amaravati (Andhra) y Mahabalipuram (Tamil Nadu), son constataciones de su presencia y del conocimiento directo de la zona. Además, desde sus posiciones en India los romanos, según los documentos históricos chinos, habían llegado a establecer incluso embajadas en China a partir del año 166.

La Geografía y *La Astronomía (Almagest)* de Ptolomeo se perdieron en Occidente, sin embargo, se conservó en Oriente Medio, donde en el siglo IX dichos textos fueron traducidos al árabe, algo que propició de nuevo la elaboración de mapas a partir de su obra literaria.

Uno de los más prestigiosos cartógrafos islámicos, Al-Idrisi (1100-1166), vinculado con los Idrisíes de Málaga, acabó siendo invitado a Sicilia por el ilustrado rey normando Roger II. Allí se dedicó a escribir sus trabajos geográficos, entre los que resulta interesante destacar en este caso su gran mapa rectangular del mundo, dividido en 70 hojas y conocido como *Tabula Rogeriana* (1154). Un trabajo que ha llegado hasta nosotros mediante el trabajo de copistas.

Sicilia era en aquel momento un lugar estratégico al ser centro comercial de la cuenca Mediterránea. Constituía por tanto un centro privilegiado para la investigación por sus puertos y su población cosmopolita y flotante, dado que ofrecía la oportunidad de aprovecharse de los testimonios que los viajeros dejaban a cerca de otros lugares, pudiendo incluso interrogar a las tripulaciones, más conscientes de los trayectos realizados.

Este geógrafo recogió en su cartografía la experiencia que la cultura musulmana tenía del mundo. Grandes viajeros islámicos alcanzaron tanto por tierra como por mar el sur del continente negro, el subcontinente indio, el Sudeste Asiático y China, siempre con el fin de comerciar, hacer proselitismo y asentarse.

Durante la Edad Media estos mapas eran manuscritos y resultaban únicamente accesibles a la gente culta y poderosa, o a aquellos que, como los navegantes, tenían una necesidad específica de utilizarlos. Debemos considerarlos como verdaderos tesoros, ya que sólo aquellos que podían contemplarlos eran capaces de ubicarse geográficamente en un espacio, adquirir la percepción de la realidad de la lejanía o la proximidad, y contextualizar el entorno en el que se hallaban. Orientarse, constituía un modo de mirar y de sentirse protagonista en un mundo que tendía a expandirse según llegaban referencias del más allá a través de las voces de los peregrinos, comerciantes, expedicionarios o cruzados. Así sucedió con la información geográfica procedente de los relatos de Marco Polo, que fue incorporada en la elaboración de los nuevos mapamundis como el realizado en suelo hispano por la familia Cresques en el siglo XIV. De tipo portulano, parte del océano Atlántico y nos lleva hasta China.

Estos continuos avances cartográficos fueron una suma de saberes. Sabios cristianos, musulmanes y judíos llevaron a cabo un valioso intercambio de ideas. Resulta un claro ejemplo de ello la elaboración de las cartas portulanas, que además fue posible gracias al conocimiento de la brújula, que como ya hemos indicado llegó desde China, bien cruzando Asia Central a través de la Ruta de la Seda, o por vía marítima a través de los árabes.

Los últimos años del siglo XV se produjo una alteración hiperbólica de las fronteras del *imago mundis*. Vastos espacios insulares y continentales comenzaron rápidamente a ganar forma. Todo ello gracias al espectacular incremento de la actividad científica, con la invención de nuevos instrumentos y mejora de los existentes.

El infante Enrique de Portugal (1394-1460) y conocido como el Navegante, reunió en torno a él todo un cuerpo de pilotos, constructores de barcos, fabricantes de instrumentos y cartógrafos. Con ellos organizó varias expediciones con las que se redescubrieron las islas Azores, que ya aparecían en los mapas, y se aventuraron hacia el sur a lo largo de la costa africana. En 1460, cuando Enrique el Navegante falleció, se habían conseguido alcanzar las islas de Cabo Verde. Décadas después los gobiernos, aliados con los navegantes, ensancharían los límites de nuestro mundo tomando consciencia de la existencia de un nuevo continente, América (1492), y rodeando el cabo de Buena Esperanza hallaron una ruta marítima hacia la India (1486). Todas éstas, y las exploraciones que se sucedieron facilitaron una gran masa de

información geográfica que fue tomada en cuenta en la realización de los nuevos mapas. La exploración geográfica y la representación cartográfica estuvieron estrechamente relacionadas, pudiéndose afirmar que un lugar no había sido realmente descubierto hasta que no se había cartografiado, y por tanto, podía ser ubicado para ser alcanzado de nuevo.

Fue el descubrimiento del portugués Bartolomeu Dias (1450?-1500) del cabo más meridional de África, representado en 1489 por el cartógrafo alemán Henricus Martellus, lo que permitió al explorador portugués Vasco Da Gama (c. 1469-1524) encontrar en 1497 la ruta marítima hacia la India con la ayuda del piloto musulmán Ahmed ibn Majid (c. 1432-¿), quien con sus cartas náuticas le mostró el camino hacia la costa Malabar y la costa Suroeste de la península Indostánica, desde donde Da Gama volvió a Lisboa en 1499. Gracias a la información obtenida de primera mano, a medida que los portugueses fueron y volvieron de India, así como de otros lugares más alejados de Oriente, las formas geográficas de India y Ceilán comenzaron a cambiar, presentando muy pronto un aspecto más moderno y acorde con la realidad.

La monarquía española rivalizó con la portuguesa en el desafío de los descubrimientos geográficos, en la localización y el conocimiento de nuevos territorios, de nuevas vías de comunicación, y de nuevos mundos con sus realidades particulares. Rivalidades y logros que llevaron al emperador Carlos V a encargarse de la realización de un mapa para regalarlo a su hijo, el futuro Felipe II. Deseaba dejar constancia de la ruta de circunnavegación seguida por Magallanes hasta las islas Filipinas (1519-1521), y por Elcano (1521-1522), que culminó la empresa tomando el relevo tras el asesinato de Magallanes. Suponía pues el deseo de dejar patente la heroica hazaña de sus navegantes, y la elaboración de la información recogida por ellos en todo su periplo.

El comercio de la seda, las especias y el azúcar entre Europa y los países asiáticos productores había sido el principal acicate para arrancar tales empresas. Los árabes habían sido los intermediarios, pero dado el bloqueo en que se hallaban las tradicionales relaciones mercantiles con Oriente a consecuencia de la actitud expansiva del Imperio Otomano desde el siglo XV, se hacía recomendable encontrar rutas alternativas que permitiesen un comercio directo con los países de origen evitando el bloqueo turco por tierra, que cortaba el paso a las caravanas de camellos. El objetivo era pues alcanzar las Islas de las Especias, de las que se decía que podían proporcionar inmensas riquezas a aquel reino que se hiciera con su dominio y su control. Islas que hoy conocemos como Molucas, y que pertenecen al actual reino de Indonesia. Finalmente fueron los portugueses los primeros en llegar en 1511 a sus costas y en

levantar la primera fortaleza para la defensa del territorio en el que se habían establecido, concretamente en la isla de Ternate. Consiguieron así el monopolio europeo del comercio de las especias. Por tanto, no es de extrañar que para Europa Asia fuese sinónimo de riqueza, porque era de allí de donde procedían los materiales y objetos de lujo más demandados.

Poco a poco los mapamundis estaban adquiriendo la personalidad de un gran puzzle reuniendo piezas cartográficas diversas con las que se iba configurando e identificando cada región. De manera que según fueron avanzando las exploraciones, los mapas fueron reflejando la ubicación de los accidentes geográficos y las poblaciones cada vez con mayor precisión. Esto resulta evidente al observar como a la par que avanzan las expediciones portuguesas en el reconocimiento de nuevos territorios de Asia, la cartografía va señalando cada vez con más detalle la ubicación de los puertos. Podemos así contemplar en los mapas como la costa oeste de la península del Indostán se va cuajando progresivamente de nombres, conforme se avanza en la exploración. Resulta curioso también observar en los mapas de esta zona asiática, como el mayor conocimiento se centra en la costa, dado que el principal elemento que motivaba estos proyectos de exploración desde los gobiernos de las naciones europeas era el comercial.

En 1596 el editor de Amsterdam Cornelis Claesz compró al aventurero holandés Jan Huygen van Linschoten (1563-1611) la información recabada durante su viaje por el vasto imperio colonial portugués en Asia, que dos años después fue publicada en inglés: *Huighen van Linschoten, His discours of voyages into the East and West Indies* (BH FG 2712). El protagonista se había ganado la confianza del arzobispo de Goa y se convirtió en el primer holandés en poder circular con libertad por aquellas posesiones ibéricas. Acompañando las descripciones se incluyeron hermosas ilustraciones y mapas de las costas muy precisos, incluso de los bancos de arena, de manera que pudieran ser utilizados por los navegantes. Información que en algunos casos había sido considerada secreta y guardada con celo en los archivos portugueses, de los que había sido extraída. Una publicación por tanto de gran relevancia para el establecimiento de la gran ruta de comercio establecida por la Compañía Holandesa de las Indias Orientales.

El mapamundi que en ella aparece [Foto 1] es un buen ejemplo de cómo poco a poco se fue avanzando en esa construcción de ese puzzle que era la superficie de nuestro planeta, y como todavía quedaban lugares por describir e imprecisiones que corregir. Así toda la parte inferior la ocupa una tierra australiana de enormes dimensiones: *Australis Nondum Cognita*, y algo similar ocurre con la zona polar norte: *Terra Septemtrionalis in Cognita*. Mientras que India y Ceilán, e incluso el archipiélago de las Maldivas son representadas con mucha mayor

precisión, no aparecen todavía bien colocadas en él, ni la península de Corea, ni el archipiélago japonés. En el caso de Japón, los portugueses habían desembarcado allí en 1543, y en Europa se tenía una idea imprecisa y errónea del lugar. Se pensaba que era una enorme isla llamada Cipango, que los geógrafos europeos solían colocar frente a las provincias del sur de China, en medio del océano. Sin embargo, son tan solo 177 kilómetros los que separan el noroeste de Kyûshû, la gran isla del sur del archipiélago japonés, del sur de Corea. Esto fue el resultado de una confusión de Marco Polo cuando recopiló la información de Cipango, y con el tiempo resultó un error acentuado por muchos de los geógrafos europeos, que acabaron por situarlo en el hemisferio sur. El mapa de Martin Behaim, de finales del siglo XV, y muchos de los realizados en el siglo XVI, recogen esta desfigurada concepción y ubicación de Japón.

Con relación a Corea hay que esperar hasta bien entrado el siglo XVII para que de un modo generalizado aparezca representada. En las últimas décadas del siglo XVI, en mapas como el *Tartariae sive magni chami regni typus* (1570) de J.F. Buddeley, o en el *Teatrum Orbis Terrarum* (1570) de Abraham Ortelius, se identificaba correctamente China y Japón, pero Corea todavía no. En muchas representaciones el Reino de Corea seguía apareciendo como una isla cerca de la costa de Mongolia (Cornelis de Bruyn (1718). *Voyages de Corneille Le Brun par la Moscovie, en Perse, et aux Indes Orientales* BH DER 9559 T.1 / BH DER 9560 T.II).

En 1692 la Academie des Sciences de Francia publicó una obra titulada *Observations physiques et mathematiques pour servir a l'histoire naturelle & de la geographie: envoyées des Indes et de la Chine à l'Academie Royale des Sciences à Paris par les Perés Jesuites* (BH FLL 22022). En ella se hace una compilación de la información que sobre India y Asia Oriental había sido enviada por los padres jesuitas franceses y “extranjeros”, a la que se añaden ciertas observaciones de los académicos. Se hace de nuevo evidente en esta recopilación el olvido de Corea, bastante a trasmano de las rutas comerciales marítimas, y carente de los preciados tesoros que los mercaderes europeos buscaban por aquellas latitudes. En el prólogo se advierte que *Le Père Antoine Thomas President des Mathematiques à Pekin, en l'absence du Père Grimaldi, promet dans un Lettre écrit le 13 Septembre 1689, de nous envoyer l'année prochaine une description exacte du Royaume de Coray, jusqu'à present inconnu, dans lequel il y a huit Provinces, trente-trois Villes de la premiere grandeur, cinquante-huit de la seconde, & soixante & douze de la troisième...*

A punto de entrar en el siglo XVIII estos mapas reflejaban nuestra visión del mundo. Nuestra representación abstracta de esa tierra que habitábamos y deseábamos poseer conociendo cada uno de sus más escondidos rincones. Un saber y una mirada distinta de la de

quienes volvían sus ojos desde el este hacia el oeste. En este sentido resulta muy gráfica la perspectiva adoptada por el jesuita Matteo Ricci (1552-1610) cuando combinando por primera vez los conocimientos cartográficos de Oriente y Occidente colocó a China en el centro de su mapamundi: *Kunyu wanguo quantu* (Mapa completo de las miles de naciones del mundo, 1602). Los registros cartográficos estuvieron a disposición de los europeos, y dichos conocimientos los incorporaron a sus mapas regionales y del mundo.

Ricci fue de los primeros jesuitas en penetrar en China en 1583. Junto con otro compañero, Michele Ruggieri. Su hogar estaba lleno de curiosidades para los chinos, desde cuadros de iconografía católica con la técnica al óleo, como prismas venecianos o relojes, y un mapamundi. El mapa cautivaba a sus visitantes por el conocimiento que reflejaba de otras tierras y su localización. En 1584 animado por la popularidad del mapa Ricci decidió copiarlo y traducir los nombres al chino. Dicho mapa tuvo un gran éxito entre los intelectuales y fue copiado en numerosas ocasiones. Un trabajo que fue mejorando a lo largo de dieciocho años. Con él, basado en el sistema de proyección de Abraham Ortelius, Ricci contribuyó a introducir entre sus contemporáneos chinos la idea de la esfericidad de la Tierra.

Tras numerosos y fallidos intentos, en 1601 consiguió llegar hasta la corte de Pekín y ser recibido por el emperador Wan Li, quien quedó encantado con los regalos, entre los cuales había un ejemplar del *Theatrum Orbis Terrarum* (1570) de Ortelius, considerado el primer atlas moderno. El mundo en sus manos. Este libro de mapas constituía pues un ofrecimiento de los conocimientos geográficos conseguidos hasta el momento por Occidente, al tiempo que un intento de deslumbrar a la corte con el desarrollo y el saber occidental. Algo que realmente consiguieron, pues el emperador los invitó a permanecer en la residencia destinada a los diplomáticos extranjeros.

Su obra fue continuada y la labor cartográfica de los misioneros siguió siendo valorada y demandada por la corte del emperador. [Foto 2] Jean Baptiste Du Halde (1674-1743), un historiador jesuita especializado en China escribía en el epílogo de su obra, *Description géographique, historique, chronologique, politique, et physique de l'empire de la Chine et de la Tartarie chinoise, enrichie des cartes générales et particulières de ces pays, de la carte générale et des cartes particulières du Thibet, & de la Corée; & ornée d'un grand nombre de figures & de vignettes gravées en tailedouce* (1736) (BH DER 5539/5540/5541/5542), publicada por primera vez en La Haya, por H. Scheurleer:

L'ardeur infinie que l'Empereur Cang hi eut pour les Sciences, donna aux Ministres de l'Evangile un accès facile auprès de sa Personne, & leur assura un ferme appui contre les

ennemis du nom Chrétien. [...] Comme ces Cartes sont une partie considérable & trèsintéressante de cet Ouvrage, on s'attend sans doute que je rende compte des motifs qui portèrent l'Empereur Cang hi à faire lever la Carte de son Empire, & de la maniere dont les Missionnaires s'y prirent, pour l'exécution du plus grand Ouvrage de Géographie, que se soit encoré fait selon les règles de l'Art. Ce grand Prince ayant ordonné aux Missionnaires de dresser une Carte des environs de Peking, jugea par lui-même combine les méthodes Européanes sont exactes, & c'est ce qui lui sit naître la pensé de faire tirer de la même maniere les Cartes de toutes les Provinces de son Empire & de la Tartarie, qui lui est maintenant soûmise. En chargeant les Missionnaires de ce travail, il s'expliqua avex eux de la maniere la plus obligeante, protestant publiquement qu'il regardoit cette grande entreprise comme une affaire importante au bien de son Empire, & pour laquelle il ne vouloit rien épargner. Esta labor de la que habla Du Halde estuvo a cargo de los padres Joachim Bouvet, Jean-Baptiste Regis y Pierre Jartoux. A su lado el emperador puso a trabajar a sus mandarines para que hicieran las mediciones oportunas y aprendieran de ellos.

La obra de Du Halde, quien nunca estuvo en China, recoge parte de estos trabajos que realizaron, ofreciéndonos un mapa por cada una de las provincias de China, así como mapas de las ciudades en las que se marcan los perímetros de sus murallas y recintos, las características del terreno, si hay ríos o templos o incluso puestos de vigilancia.

Nuevamente fueron los padres jesuitas quienes hicieron un reconocimiento geográfico de India y ofrecieron sus mapas al saber, el comercio y la política de Europa. Desde que el padre Anthony Monserrate (1536-1600) llegara a India en 1574 no dejaron de enviar a nuestro continente descripciones, observaciones geográficas, astronómicas y de latitud, que condujeron poco a poco a rebasar el simple conocimiento de las costas de India y a penetrar en su interior. Todavía en la obra del capitán Alexander Hamilton (1688-1732?) de 1727, *A new account of the East Indies* (BH FG2989-2990) podemos observar cómo se detallan las poblaciones y los accidentes de la costa con detalle [Foto 3], mientras que el interior de la península Indostánica permanece en blanco, dado que no fue hasta 1737 cuando se realizó el primer mapa fiable del interior del sur de la península gracias a la información enviada por el padre Jean Venant Bouchet (1655-1732). Claude Stanislaus Boudier (1686-1757), Joseph Tieffenthaler (1710-1785) y Francis Xavier Wendel (m. 1803) estuvieron entre aquellos jesuitas bien formados en los estudios de las ciencias, que viajaron por el interior de India y aprovecharon toda ocasión para recoger información y hacer meticulosas mediciones que expandieran el conocimiento geográfico que se tenía del mundo. Cuando en el siglo XVIII cae el

imperio Mogol, se produce un vacío de poder, y como consecuencia el interés europeo por la zona se acrecentó. Se acudió inmediatamente a rescatar los informes de los jesuitas, vaciando literalmente los treinta y cuatro volúmenes de las *Lettres edifiantes et curieuses* (BH DER 13691 o BH FLL14440).

Después de todos estos estudios geográficos de los jesuitas, tanto en China como en India, la cartografía asiática estuvo muy influida por los métodos y por las ideas geográficas europeas, y la cartografía autóctona floreció al lado de los nuevos conceptos. En el caso de China sus mapamundis siguieron siendo sinocéntricos, incluso cuando áreas como África y América fueron injertadas como apéndices en las configuraciones geográficas existentes. A lo largo del siglo XIX, los pueblos asiáticos aceptaron las ideas occidentales de latitud y longitud, las proyecciones cartográficas y el hecho de que Asia constituyera una parte más pequeña de la Tierra de lo que se había creído previamente.

Se conserva entre los fondos de la Biblioteca Histórica Complutense una obra del jesuita Bernardino Ginnaro Napolitano titulada *Saverio Orientale ò vero istorie de cristiani illustri dell'Oriente. Li quali nelle parti Orientali sono stati chiari per virtù, e pietà cristiana, dall'Anno 1542, quando S. Francesco Sauerio Apostolo dell'Indie e con esso i Religiosi della Compagnia di Giesù penetrarono à quelle parti, fino all'Anno 1600. Raccolte dalle Lettere scritte in Europa da medesimi Religiosi, i quali si sono iui affaticati nella conversione de'gentili, e da altri Autori*. Tomo Primo: *Del Giappone, e de Cristiani illustri* di quei Regni Napoli, 1641 (BH FLL 13208). En ella se recoge un mapa de Japón (p. 26/27): *Nova descrizione dei Giappone del R. P. Bernardino Ginnaro delle Compag. Di Giesu*. El mapa mantiene entre sus formas la representación de seres fantásticos en el océano, y en él curiosamente se observa la falta de la gran isla del norte del archipiélago, la isla de Hokaido. Probablemente un territorio al que los misioneros no llegaron a tener acceso, y que no despertó su interés.

[FOTO 4] En relación con la idea del protagonismo de los jesuitas en la zona resulta muy interesante la ilustración de la portada, en la que el mapa de Asia requiere nuestra atención. En la parte superior, a la izquierda, aparece la Trinidad sobre una nube con angelitos. Dios Padre con el globo en la mano, Dios Hijo y el Espíritu Santo como una paloma, símbolo de amor y sencillez, entre la cabeza de ambos. A la derecha hay un jesuita arrodillado sobre otra nube, San Francisco Javier (Francesco Saverio), y entre ellos surgen tres ángeles que sostienen una tela donde está escrito *Saverio Orientale*.

Bajo esta escena aparece un inmenso águila con las alas desplegadas llevando sobre ella una multitud de diferentes razas, en primer plano un chino y un indio. Bajo él hay una

cinta en la que está escrito: *Portauit eos in humeris suis*. Más abajo, en la mitad inferior, hay representado un mapa de Asia, y en la parte más baja de la composición, una terraza con balconada con distintas flores. Y en el centro un escudo.

¿Es el mapa un elemento más aludiendo a que las historias que en el libro se nos van a contar se sitúan en Asia? Creo que estando sumergidos en el mundo barroco, momento en el que la emblemática y la simbología destacan por su protagonismo sería un error pensar que es un elemento superficial. El grabado de la portada nos está hablando de la misión apostólica en general, y en particular de la de San Francisco Javier, canonizado, no llega a veinte años antes de la publicación del libro.

El águila, símbolo del bautismo, y al tiempo también símbolo de Cristo y su naturaleza divina, porta sobre él esa multitud de gentes que, sin saberlo, esperan la verdad del evangelio para su salvación: *Como el águila incita a su nidada, revolando sobre los polluelos, así extendió sus alas, los tomó y los llevó sobre sus plumas (Portauit eos in humeris suis)*. Palabras ilustradas al pie de la letra de la imagen sacada del libro del Deuteronomio, 32.

Bajo todo esto el mapa de Asia. El mapa como símbolo de aquellas gentes por las cuales Cristo también ha venido al mundo. El mapa como símbolo de aquellas tierras nuevas en las que hacer florecer la fe cristiana. El mapa como símbolo de su misión apostólica.

Con un carácter igualmente emblemático destaca el grabado de la portada de una obra extraordinariamente importante en la sistematización y estudio de la geografía china. Se trata del trabajo realizado por el padre jesuita Martino Martini (1614-1661) en su *Novus Atlas Sinensis* (1655) [BH FLL 12395]. Dicha publicación era considerada por el geógrafo y geólogo alemán Ferdinand Richthofen (1833-1905) a finales del siglo XIX, la descripción geográfica de China más completa, reconociendo en Martini al padre de la ciencia geográfica del imperio chino, algo corroborado por los geógrafos chinos en la actualidad.

[FOTO 5] Resulta interesante observar el mencionado grabado de la portada. Presenta igualmente una composición dividida en dos mitades. La superior, que corresponde a la esfera celestial, y la inferior que corresponde a la esfera terrenal.

En la parte superior izquierda está el sol en el que aparece el anagrama del nombre de Jesucristo, IHS. De él parten unos rayos que inciden en el espejo que sujeta una figura femenina sentada sobre una nube, identificada como la Virgen María como Reina. María es ella misma ese espejo, *speculum sine macula*, imagen simbólica sacada del Libro de la Sabiduría (7:26). El rayo reflejado en el espejo parte para encender una vela que sujeta otro

angelote. Sobre el rayo que incide en el espejo hay una frase: *Ite Angeli veloces ad gentem convulsam et dilaceratan* (Isaías, 18). Mensaje divino a los hombres para que extiendan su palabra, para que cultiven su viña, la guarden y la defiendan.

En la misma horizontal en la que se asienta la nube de la Virgen, otras dos nubes sirven de asiento para el símbolo de la cruz y el de la eucaristía, en ambos casos sostenidos por angelitos.

Nos encontramos pues con dos símbolos muy potentes, el del mensaje de la redención y la invitación a difundirlo, y la imagen de la sabiduría. La sabiduría es un atributo divino, Dios es Sabiduría, y si el hombre deja que Dios habite en él, se convierte, como puede leerse en el *Libro de la Sabiduría 7,26*, en “un reflejo de la luz eterna, un espejo sin mancha de la actividad de Dios, una imagen de su bondad”. Por tanto, esta mitad superior de la composición invita a ser ese espejo limpio, posibilidad que tiene el hombre al haber sido redimido del pecado, en el que resplandezca la verdad. Si mantenemos el espejo sin mancha Dios puede reflejarse en nosotros y deslumbrar a la humanidad.

En la parte inferior se representa una arquitectura en la que hay una puerta, abierta por un hombre musculoso de cuya boca sale a modo de bocadillo una cinta en la que hay escrito, de nuevo en latín: *Clausa Recludo*. Dentro de este espacio hay un grupo de siete angelotes que aparecen entretenidos con un mapa de Asia, un globo terráqueo y una esfera armilar.

Sobre la puerta que se abre está escrito el título de la obra, el autor y la dedicatoria al Archiduque Leopoldo Guillermo. Por tanto, en realidad, el atlas que nos presenta Martino Martini viene a ser la puerta que se abre a otras culturas, y que redimensiona nuestro estar en el mundo. Los mapas que contiene se transforman en este grabado en símbolos de sabiduría, alcanzada a consecuencia de haber sabido mantener limpio el espejo de su alma para poder así reflejar la luz divina. Una luz y una sabiduría que se materializa en las líneas del dibujo de costas, ríos y montañas, en los mapas que el libro nos ofrece.

De estos grabados y del recorrido realizado por la evolución de la presencia de Asia en la cartografía europea, podemos concluir que el mapa es mucho más que un dibujo, mucho más que la representación abstracta de un territorio. El mapa constituye un deseo de materialización de nuestro estar en el mundo.

OBRAS DE REFERENCIA:

CORTEASO, Jaime. *Os descobrimentos portugueses*, Lisboa: Arcadia, 1990.

Portugal e o mundo nos séculos XVI e XVII. Museo Nacional de Arte Antica. Lisboa: Ministerio da Cultura, 2009

FERNANDEZ DE NAVARRETE, Martín. *Expediciones al Maluco. Viaje de Magallanes y Elcano*. Col. Biblioteca de Autores Españoles. Madrid: Ediciones Atlas, 1968

FRYER, Geoffrey. "John Fryer, F.R.S. and his scientific observations, made chiefly in India and Persia between 1672 and 1682". *Notes and Records of the Royal Society of London*, Vol 33, No1 (marzo 1979), pp. 175-206.

KOCHHAR, R K., "Science in British India". I. *Colonial tool*, *Current Science*, 1992, pp. 63,689.

MACLAGAN, E. *The Jesuits and the Great Mogul*. Gurgaon: Vintage Books (1º Ed. London, 1932), 1990

SCHÜTTE, .F. "Japanese Cartography at the Court of Florence: Robert Dudley's Maps of Japan, 1606-1636," *Imago mundi*, 23 (1969), pp. 29-58.

TROWER, N.J. W. *Maps and Civilization: Cartography in Culture and Society*. Chicago: University of Chicago Press, 1999